

Biografía antológica

La infancia

Edgar Zúñiga Jiménez nace el 9 de diciembre de 1950 en la ciudad de Alajuela en Costa Rica; hijo del matrimonio de Manuel María Zúñiga Rodríguez y Consuelo Jiménez López, ambos viudos de matrimonios anteriores. Con diez hermanos por el lado paterno y cuatro del materno, Edgar creció con cuatro hermanos Zúñiga Jiménez y cuatro Sandoval Jiménez. Su infancia transcurrió entre esculturas y figuras de yeso, pero también entre cafetales, barriadas y patios.

“El barrio donde crecí era quizás uno de los más pobres de Alajuela. Desde niño me identifiqué con la pobreza y mis juegos salieron del cafetal que quedaba detrás de mi casa. En las épocas de la escuela y del colegio fui un poco indisciplinado. Me escapaba de la escuela para jugar y del colegio para ir al cine. Mi madre, al frente de un taller, no tenía tiempo para revisarme las tareas, pero siempre estuvo atenta a mis actividades, su presencia y ejemplo influyeron mucho en mi educación”.

Educación

Edgar Zúñiga cursó la primaria en la Escuela República de Guatemala y los primeros dos años de la secundaria en el Instituto de Alajuela, y los últimos tres años en el Colegio Nocturno de Alajuela. Se graduó de bachiller y ganó el examen de admisión para ingresar a la Universidad de Costa Rica. En 1968, guiado por la necesidad de afianzar sus conocimientos en escultura, ingresó a la Escuela de Bellas Artes de dicha universidad, donde solo permaneció unos pocos meses. La razón de esta corta permanencia en la institución se debió principalmente a la imposibilidad de ganar algunos cursos introductorios por méritos o por suficiencia; esto implicaba, para el joven escultor, comenzar desde cero en técnicas y disciplinas con las que él se había enfrentado desde muy joven, como algunas prácticas, de la escultura de tamaño natural, el modelado, el manejo del color y el dibujo.

El taller

Manuel María Zúñiga había construido un galerón en el patio de su casa en Alajuela para realizar algunas labores domésticas. Parte del propósito de ese plan era proporcionarle a su hijo alguna tarea que le permitiera trabajar paralelamente a sus estudios. Sin embargo, el espacio se transformó en el lugar ideal para el trabajo de otra índole: el de imaginero y escultor; así, a la edad de 16 años Edgar resuelve tener su propio taller.

En el taller inicia su trabajo como aprendiz de su padre. Durante este periodo realiza trabajos sencillos delegados por él, y a su vez acepta encargos que le llegaban del taller de su madre. Poco a poco, Edgar realiza las tareas por sí mismo, al poco tiempo crea y produce sus propios trabajos, enfrenta los problemas y resuelve formalmente sus propias piezas. De esta forma, pudo crear una gran cantidad de imágenes religiosas como el Cristo Resucitado (7 m, realizado en fibra de vidrio con estructura de hierro) en Ciudad Quesada, La Virgen de las Rosas en Atenas, o La santísima Trinidad (2,5 m en fibra de vidrio) para la iglesia de Carrillos de Poás.

Sin embargo, a pesar de que siempre se destacó en el dibujo y mostró disposición para el modelado, Zúñiga tuvo que aprender por medio de la experimentación propia, al igual que su padre, sobre todo lo que se refiere al trabajo en bronce y a la talla en madera. Este trabajo de exploración le permitió consolidar un lenguaje artístico de sus primeras etapas. La ausencia de

educación universitaria no facilitó el inicio de su labor en algunos campos, y él mismo tuvo que proporcionarse estudios para llenar los vacíos que supone la falta de dicha formación académica. Edgar Zúñiga se remitió a los libros y por medio del estudio y el trabajo de la copia acuciosa de las obras que veía en ellos, fue formulando su estilo y educando su destreza. La imaginería lo obligó a aprender por medio de la práctica de taller, lo que la universidad no le enseñó. Este modo autodidacta, desde un inicio, lo llevó a perder el miedo a la experimentación, lo que le permitió trabajar con muchas técnicas distintas, particularidad que ha caracterizado su obra desde entonces.

Militancia política

Edgar Zúñiga fue partidario del socialismo. Sin embargo, a pesar de su compromiso político, nunca dejó el taller de escultura sacra. Durante estos años, algunos artistas e intelectuales costarricenses comulgaban con la izquierda, por lo que la participación y contacto con colegas fue intenso.

En los años setenta militó con la izquierda. Creía en los proyectos que emprendió como militante porque buscaba posibilidades para una sociedad mejor. Sin embargo, seguía haciendo imaginería religiosa. Era una contradicción casi surrealista: políticamente estaba en contra de las instituciones eclesásticas pero no negaba su tradición de imaginería.

Poco a poco, y con alguna inquietud, se percató de que los planteamientos políticos ofrecidos por los partidos de izquierda no eran la solución a los problemas con los que se había comprometido. Desde el punto de vista artístico, este periodo se imprimió como uno de los de mayor repercusión en su obra, ya que fue durante estos años cuando Edgar Zúñiga consolidó su concepción humanista, la cual afianzó sus planteamientos y sus temáticas.

Compromiso social

En un inicio, el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua en 1979 fue un incentivo para los grupos de izquierda en Costa Rica. Esto cambió radicalmente con el surgimiento de la contrarrevolución, lo cual repercutió negativamente en dichos grupos en el país. El partido en el que militaba Zúñiga se fue extinguiendo debido a contradicciones internas y a partir de ese momento, desilusionado de la política, decidió establecer otro tipo de afiliaciones, esta vez con grupos culturales entre los que se puede citar La carreta en marcha, en la provincia de Alajuela, compuesto por jóvenes del cantón de Sarchí. También colaboró con los jóvenes obreros en los distritos de La Suiza y Las Trojas de Sarchí, luego en el cantón de Grecia con el grupo llamado Germinación, y finalmente fundó la Asociación Cultural Alajuelense (1982-1986) junto con otros artistas, la cual presidió desde el principio. Posteriormente, creó la Asociación Nacional de Comités de Cultura. Para esta época, el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes le encarga el Monumento al indio Esteban Yapiri, el cual se ubica en La Suiza del cantón de Turrialba, dando inicio a una larga trayectoria en el ámbito de la escultura urbana tanto dentro como fuera del país.

La familia

El 25 de diciembre de 1973, Edgar Zúñiga contrae matrimonio con Rosibel Salas Araya, bióloga de profesión. A partir de ese momento, su esposa se convierte en aliada y crítica de sus producciones artísticas, además de ser su compañera inseparable. Juntos tuvieron cuatro hijos: Xiomara, máster en Literatura; Verónica, Máster en Administración de Empresas Culturales;

Tatiana, Máster en Artes Plásticas; Emmanuel, estudiante de Artes Plásticas en la Universidad de Costa Rica y Adrián, hijo de Xiomara, estudiante de la UCR en Ciencias del Movimiento Humano.

La figuración

En 1980 realiza su primera exposición colectiva junto con otros artistas alajuelenses en el Museo Histórico Cultural de Juan Santamaría en Costa Rica y el año siguiente expone en la Sala Julián Marchena del Museo de Arte Costarricense en la exhibición colectiva “Doce escultores contemporáneos”. En esos años vio surgir una línea más clara en su trabajo. Se percibió como inminentemente figurativo debido a la herencia de la imaginería religiosa.

Con estos lineamientos figurativos, Zúñiga emprendió un nuevo reto que lo condujo a plantearse la posibilidad de trabajar con el bronce. Junto con su hermano Franklin, montó un taller de fundición en la ciudad de Alajuela y dedicó lo que resta de la década de los años ochenta y hasta el 1995 a trabajar con dicho material.

Durante este periodo, la figuración inicial cambia a lo largo de su trabajo, pero no desaparece. Para la realización de las obras de esta etapa, el artista se compromete con la expresión de formas anatómicas y contorsiones, tomando como referentes la obra de Miguel Ángel Buonarroti, además de las texturas y formas de equilibrio de Augusto Rodín, cuyas imágenes observó desde muy joven en el taller de su padre. Es también un periodo de transición donde se manifiestan distintas influencias de varios artistas y se ve atraído por la obra escultórica de su hermano Francisco Zúñiga, quien vivía en México desde 1935.

Simposios Internacionales de Escultura Monumental

En este periodo, se inicia una constante comparecencia internacional en distintos simposios y certámenes de escultura en diferentes partes del mundo: Paraguay, Israel, Estados Unidos, México, Brasil, Alemania y Francia. Su participación en veinte de estos simposios le permite visitar museos, galerías y además confrontarse con las propuestas y trabajos de artistas provenientes de diversos ámbitos y países. Esto se manifiesta como una reactivación importante de elementos en su obra plástica. Es también el año en el que el escultor es nombrado director de COMAP (Consejo Mundial de Artistas Plásticos con sede en México), plataforma que se utiliza para el Primer Encuentro de Centroamericano, México y el Caribe de Artistas Plásticos realizado en Costa Rica.

En el viaje a Jerusalén, como invitado al Segundo Encuentro Iberoamericano de Artistas Plásticos, debió realizar y exponer una obra hecha in situ. Fue al taller de un colega y en una esquina descubrió unos trozos de madera vieja que provenían de una remodelación. Escogió algunos y talló rostros. Luego tomó estas piezas y las ensambló en una obra, la cual tituló Armonía y respeto entre culturas. Este montaje, junto con experimentaciones que había realizado anteriormente con horcones, le cambió la percepción del rumbo por donde debía transitar. Cuando regresó de Jerusalén ya venía decidido. Talló durante tres meses, produciendo un grupo de cincuenta piezas que culminó en la exposición “Historias de un pueblo en Costa Rica”.

Los Horcones

La exposición de “Historias de un pueblo” en la Galería Nacional del Centro Costarricense de la Ciencia y la Cultura, constó de cincuenta horcones tallados (columnas y vigas de antiguas casas

demolidas). Esta serie de obras dispuestas en una instalación dio inicio a una nueva faceta en la obra de Edgar Zúñiga. Cada pieza tiene un rostro esculpido o un fragmento anatómico, y al ser reunidas en distintos grupos se convierten en la narración de una serie de gente en eventos y escenas cotidianos que evocan: un velorio, un funeral, la familia, la enfermedad, la pareja, la calle y otras situaciones.

Ahora deseaba hacer ensambles. Le evocan la sensación de transitar en el tiempo de una manera mágica sobre un andamio; "es una manera de jugar con el espacio, de construir... me remite a mis inicios como escultor imaginero".

Escultura urbana

En un proceso que continúa hasta la actualidad, Zúñiga se concentra en la realización de varios proyectos de escultura urbana tanto en el extranjero como en Costa Rica.

Al enfrentarse con la necesidad de llevar el concepto de los horcones a la escultura urbana debió resolver los problemas del formato y la intemperie. Recorrió al hierro y por tanto a otras valoraciones de tipo formal. En este proceso resurge su inclinación por la escultura y arquitectura prehispánica en las que evoca formas de los metates ceremoniales mesoamericanos o de la arquitectura monumental de centros como Tiahuanaco, Chichen-Itzá, Teotihuacán, Tula y otras como Stonehenge o los menhires ibéricos. Estas evocaciones han surgido anteriormente en sus obras en bronce, pero es en las nuevas piezas donde siente una concordancia ideal entre la forma y el material.

La utilización de otros elementos como la piedra, los tornillos, la madera y los pictogramas modifican el significado conceptual de las obras, proporcionando una lectura a partir del significado intrínseco de los mismos.

En este sentido, el aporte de las participaciones en los simposios internacionales de escultura fueron esenciales para la utilización de materiales como el hierro y el acero inoxidable. La introducción de dichos materiales le brindan al escultor nuevas posibilidades expresivas.

En los últimos años ha encontrado su trabajo creativo en tres vertientes. La escultura monumental conmemorativa, en la que participan varios factores como el artista, el público, el entorno y el contratante. Luego la escultura monumental ambiental de grande y pequeño formato, donde se establece una simbiosis entre la columna y la figuración expresionista, y paralelamente la pintura, también expresiva y formalista en acrílico sobre tela.

Gabriela Sáenz Shelby